

TEATRO / 'CABARET'

Un espectáculo magnífico

Cabaret

Libreto de Joe Masteroff, música de John Kander y canciones de Fred Ebb, a partir de la obra de John van Druten y las historias de Christopher Isherwood. Versión: Jérôme Savary. Traducción: Àlvar Valls y Begoña Parrena. Intérpretes: Nina, Silvia Tortosa, Ramon Madaula, Ovidi Montllor, Mireia Ros, Victor Pi, Pep Guinyol, Michel Dussarat, Janine Dahl, Carolina Domingo, Rosa Galindo, Ana Gómez, Esther Lozano, Mar Regueras, Alma Ruiz de Villalobos, Ana Tressera, Esteban Labari, Toni Martínez, Toni Selma, Gili Zorrilla, Enric Alegre, Eduard Altaba, Abel Castelló, Josep Cortés, Xavier Criado, Alfred García, Xavier Mezquita, Ramon Mirabet, Joan Moragas, Lluís Pujals, Manuel Ruiz, David Sanabria. Escenografía: Michel Lebois. Vestuario: Michel Dussarat. Iluminación: Alain Poisson. Coreografía: Jean Moussy. Dirección musical: Santiago Pérez. Dirección: Jérôme Savary. Coproducción del Centro Dramático de la Generalitat Valenciana, el teatro Arriaga de Bilbao y el Festival de las Artes. Teatro Novedades, Barcelona, 11 de julio.



Una escena de Cabaret.

espectáculo —casi tres horas contando la pausa— que no obligue al aplauso y, cuando esto sucede, es porque después de que Ovidi Montllor —el judío que proclama que también es alemán— nos haya cantado en su despedida de soltero su sentencia al celibato, aparece una bandera nazi del tamaño del mayor de los pisos del Eixample que le hace sacar de quicio a uno la memoria que no tiene. ¿Efectismo? No: teatro, teatro bien hecho y de éxito.

Hace poco tiempo, mientras los grandes del motociclismo español proclamaban que para renovar los éxitos españoles en los grandes circuitos hacían falta unos cuantos años de adaptación, Àlex Crivillé cruzaba las metas bajo el banderazo reservado a los campeones haciendo un corte de mangas. Lo de este Cabaret viene a ser más o menos lo mismo en cuanto a teatro musical se refiere. Nadie más, nunca más, podrá decir que no se puede montar un cuerpo de baile al mayor nivel en Barcelona después de ver las coreografías de Cabaret. Nadie más podrá decir que cuesta hacer el reparto para un musical después de haber visto cómo Savary se ha sacado de la manga a una estrella llena de energía como Nina, la Sally Bowles de la calle de Casp, una presen-

cia escénica, una voz, un arrojo y una falta de pretensiones encima del escenario que deslumbran y que borran de un plumazo al fantasma de cualquier referente del personaje. No se trata de que Nina supere a nadie, sino de que la protagonista de Cabaret hace a su propia Sally Bowles, la de Savary, sin silla ni bombín, llena de emoción. Nina es, sin duda, la estrella del musical barcelonés. Todo lo que se cuenta sobre sus orígenes —que si cantó con tal orquesta, con éste o con el otro— se está convirtiendo en leyenda en pocos días.

Apagadora de fuegos

Tres cuartos de lo mismo sucede con el resto del entregadísimo reparto, que donde le falta voz pone teatro, ya sea este el caso del enterísimo Ramon Madaula en el papel del idealista norteamericano, Silvia Tortosa en el de la eterna señorita Schneider al frente de su negocio de alquiler de habitaciones o en el caso de Mireia Ros, apagadora de fuegos pasionales de la marinería bélica. Un caso aparte es el de Ovidi Montllor, cantante, actor —"Jo sóc l'artista, el cantant, el pallaso", rezaba su canción, y es cierto—, que lleva, con Madaula y el nazi de Victor Pi, el peso ideo-

lógico del montaje. Sea dicho de paso que, contrariamente a lo que Savary contó meses atrás en una entrevista concedida a este diario, su Cabaret difícilmente puede ser visto como un espectáculo dirigido especialmente a sacudir las conciencias de los jóvenes españoles frente a los movimientos xenófobos y racistas que están en auge en toda Europa.

Cabaret está destinado a ser el gran éxito de la próxima temporada, como lo han sido sus versiones en otros países. En su género, la obra es buena y está montada desde una óptica muy europea, lejos de fastos superfluos. En este Cabaret hay todos los medios del mundo, pero todos puestos al servicio del espectáculo, apurados, sin una sombra de despifarro. Detrás de este montaje hay algunas de las manos más hábiles y vocacionales de la iluminación teatral, de la realización de cada uno de los más pequeños detalles de construcción y pintura escenográfica, de peluquería y de vestuario —unos vestidos excelentes, cuidadísimos, firmados por Michel Dussarat, el maestro de ceremonias del Kit Kat Klub de la obra—, aparte de una gran sabiduría que hace que cada escena y cada final de tema musical estén potenciados al máximo.

ALBERT DE LA TORRE
Sabe mal dejarse, en la interminable lista de nombres que precede a esta crítica, a cerca de 30 o más participantes casi anónimos en esta enorme producción. Sabe mal, porque este Cabaret se revela a la vista del espectador ante todo como un trabajo monstruoso. No hablamos aquí de dinero, que seguro que ha costado mucho, sino de arte, del que se ha invertido muchísimo. Para más de uno, entre los que me cuento, este Cabaret se hubiera podido liquidar fácilmente contando que se trataba de un nuevo desembarco del director Jérôme Savary en las menguadas arcas del teatro local. Nada más alejado de la realidad: Cabaret es un magnífico espectáculo, un musical que, lejos de la banalidad acostumbrada en el género —más aún en Barcelona—, se revela como un acto de amor al teatro y a sus espectadores.

Si alguien cree, desafortunadamente, que este Cabaret es una fotocopia de una película, ya se lo puede ir sacando de la cabeza. El montaje es una adaptación de Jérôme Savary de uno de los entramados de teatro musical mejor ligados. Sólo hay una escena durante las más de dos horas y media de